

Galilea. 153

Liturgia, pastoral, vida cristiana

Contagiar la esperanza

Oriol Xirinachs:
«La esperanza
pide riesgo,
esfuerzo y
confianza»



Número 20
Julio-Agosto de 2021
4,75 €





Sumario:



4
10



5
12



6
14



8
15



9
16



Y en la web (<http://galilea.153.cpl.es>)



Galilea.153
Liturgia, pastoral, vida cristiana**Año 4. Número 20**
julio-agosto 2021**Edita:**Centre de Pastoral Litúrgica
de Barcelona**Periodicidad:**

6 números al año

Suscripción anual**2020/2021:**

En papel: 27,00 €

Online: 19,00 €

Precio de este ejemplar:

4,75 €

Dirección:Quiteria Guirao Abellán
gquirao@cpl.es**Equipo responsable:**Antoni M.C. Canal
Lino Emilio Díez Valladares
Marja Guarch
M. Àngels Termes
Joan Torra**Consejo asesor:**Natalia Aldana
Dolores Aleixandre
Elisenda Almirall
Benjitu Bareto
M. Antònia Bogónez
Anna-Bel Carbonell
Cori Casanova
Paula Depalma
Albert Dresaire
Manolo Juárez
Jordi Julià
Montserrat Llueras
Tere Martín
Carme Munté
Juan Carlos Pérez
Marta Pons**Dirección:**Centre de Pastoral Litúrgica
Diputació 231
08007 Barcelona
Tel. 93 302 22 35
wa: 619741047
cpl@cpl.es**Web:**<https://galilea.153.cpl.es/>**Fotografía de la portada:**

Antoni M.C. Canal

Dibujo página 2:

Juan Carlos Pérez

Síguenos en las redes
sociales: @CPLeditorial

NUESTRA ESPERANZA

En estos días nuestra esperanza la podríamos resumir en tener salud y trabajo. En el momento en que concebimos esta revista para el tiempo veraniego, nos animó el hablar de un tema sugerente: esperanza vs incertidumbre. Entramos en el segundo verano de pandemia lo que quiere decir que el mundo entero todavía está sufriendo las consecuencias del virus COVID-19. En la parte del mundo en la que nosotros nos encontramos vivimos esperanzadas en el tiempo nuevo que nace después de la vacunación. Hemos experimentado, después del sufrimiento tanto personal como colectivo, mayor incertidumbre, pero ahora se abre el camino a la esperanza.

La esperanza de los cristianos está personificada en Jesús. La esperanza la podemos ver como un itinerario que atraviesa el viaje del ser humano que se siente amado por Dios. Para nosotros, podríamos decir que es obligatorio ser personas esperanzadas porque creemos que «Dios es todopoderoso, Dios me ama inmensamente, Dios es fiel a las promesas» y me acompaña en la vida (palabras de Juan Pablo II, 1978). En este sentido «la esperanza nos cambia la vida» (palabras de Francisco, 2018) y es así como también experimentamos el misterio pascual.

De ello y más aspectos nos hablan en las diferentes secciones de la revista Cristóbal López, obispo-cardenal de Rabat; Marc Collado, joven sociólogo; Jesús Folgado, presbítero de Getafe; Lino Emilio Díez, presbítero de Madrid y liturgista; David Jou, físico y escritor; Isabel Cano, catequista; y Dolores Aleixandre, rscj. La entrevista de Carme Munté es a Oriol Xirinachs, sacerdote de Barcelona, y nuestras secciones fijas: «En el año litúrgico», José Goñi; «Las lecturas del domingo», Lluís Prat; y «Oración», Manolo Juárez.

Esta será la segunda revista donde incorporamos los comentarios de Núria Caldach-Benages a las lecturas del domingo. Ella es religiosa de las Misioneras Hijas de la Sagrada Familia de Nazaret, doctora en Sagrada Escritura por el Pontificio Instituto Bíblico de Roma. Os animo a que los leáis y los trabajéis porque son un buen instrumento de formación bíblica. Estos comentarios de la Palabra de Dios fueron publicados, los tres ciclos, en la revista *Misa Dominical* del 2010 al 2013. Posteriormente fueron compilados en un Dossier CPL, *La Palabra celebrada*.

Las personas que integran el Consejo de la revista os deseamos un buen descanso estival y unas felices vacaciones. ¡Hasta el curso que viene, si Dios quiere!

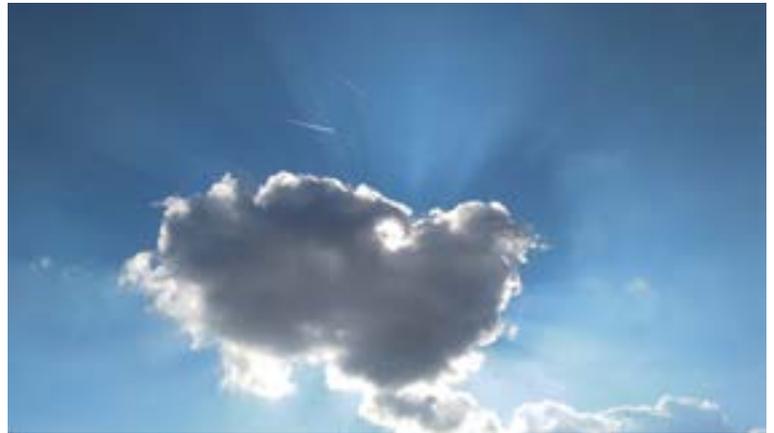
QUITERIA GUIRAO ABELLÁN
gquirao@cpl.es

LA ESPERANZA EN TIEMPOS DE INCERTIDUMBRE

CRISTÓBAL LÓPEZ ROMERO, *Rabat*

Cuando el horizonte se cubre de nubarrones, cuando el mañana se presenta como incógnita, ahí encuentra su lugar natural esta virtud teologal que es la esperanza.

Fotografía cedida por María Guarch



El amor en tiempos del cólera es una novela de Gabriel García Márquez. El título se ha popularizado y convertido en expresión recurrente y recurrida.

Creo que nosotros podemos popularizar otra expresión: «La esperanza en tiempos de pandemia» o, más en general, «la esperanza en tiempos de incertidumbre». No puede ser de otra forma, porque cuando todo se ve claro y distinto, cuando el porvenir se dibuja con trazos bien definidos, cuando el futuro está «asegurado», ¿qué papel juega la esperanza?

Por el contrario, cuando el horizonte se cubre de nubarrones, cuando el sol se nos oculta, cuando la duda y el miedo nos embargan, cuando el mañana se presenta como incógnita, ahí encuentra su lugar natural esta virtud teologal que es la esperanza.

Me gusta imaginar la esperanza como el tronco y las ramas de un árbol; un árbol cuya raíz es la fe (no hay esperanza sin fe). Conviene que esa raíz sea extendida y profunda, para que sostenga el tronco y las ramas incluso en tiempos de tormentas y terremotos, de incertidumbre y de crisis. Y de ese tronco y de esas ramas, brotan los frutos del Amor, frutos que son flores tan frágiles como hermosas antes de convertirse en frutos fecundos y sabrosos.

Para que los frutos sean buenos y abundantes, para que el tronco y las ramas de este árbol de la vida puedan estar robustos y frondosos... hay que alimentar las raíces y fortalecerlas. La tarea consiste en hacer conscientes y sólidas nuestras convicciones de fe, las que sostienen y dan sentido a nuestra existencia.

Os comparto las mías:

- Estoy convencido, y agradecido, de que Dios me haya hecho su hijo, y este es mi más grande y honroso título y honor.
- Creo y he experimentado en mi vida que Dios es un Padre que me ama incondicional, gratuita e infinitamente.
- Estoy convencido de que soy hermano de Jesucristo, y en él, hermano universal, y que Él, Vivo y Resucitado, es garantía de mi resurrección.
- Estoy convencido de que el Espíritu de ese Dios y de Jesucristo, por puro don, habita en mí y actúa en cada persona, en cada cultura y civilización, en todos los momentos de la historia y en todos los lugares del universo.
- Creo que el Reino de Dios, anunciado e inaugurado por Jesús, está en marcha y en crecimiento constante, y veo millares de signos de ese Reino en mi vida y en la de los demás, en la Iglesia y en la humanidad.
- Estoy convencido de que el Bien supera al mal, aunque este haga más ruido y encuentre más altavoces a su servicio.
- Tengo fe en que, como se canta en la obra «Godspel», «todo acaba bien»... a pesar de todo lo que vemos cada día en los telediarios.

Estas son las «razones», quizás poco razonables, pero jamás irracionales, por las que mi esperanza está más viva y fuerte que nunca en estos tiempos de incertidumbre.

¿HAY ESPERANZA PARA LOS JÓVENES?

MARC COLLADO RAMÍREZ, *Barcelona*



Fotografía cedida por la federación Besòs 4.0 de la JOC, del acto reivindicativo del 30 de abril de 2021

Los y las jóvenes que nos comprometemos colectivamente somos testigos de un proyecto que anima a la esperanza.

Llueve sobre mojado sobre la vida de la gente joven. ¿Hay esperanza para las y los jóvenes?

No hay lugar a dudas que de la pandemia nos ha colocado a tantos y tantas jóvenes de nuevo en la casilla de salida. Esta crisis nos ha pillado con muchos deberes sin hacer, y sin estar recuperados del todo de la anterior crisis financiera, pero también sistémica. Marcan la vida de muchos y muchas jóvenes el abandono escolar, el paro, proyectos de emancipación truncados, dependencia económica de las familias.

En estos momentos es importante mencionar que la relajación de las medidas preventivas contra el Covid-19 en el ámbito de la restauración ha ido con sintonía con la lógica capitalista de otorgar derechos a cambio de consumir. Mientras las terrazas de bares y restaurantes se convertían en espacios legítimos de socialización, ha habido mano dura hacia las formas propias de relación de las personas jóvenes en las plazas, parques y calles, que han sido criminalizadas, acusadas de irresponsables y puestas bajo la lupa adulto-centrista de todas las críticas.

Los brotes de esperanza ante esta realidad no se encuentran en las macromagnitudes que nos auguran un crecimiento espectacular del PIB durante el año 2021, del que esperamos poco si termina en manos de los que dominan el capital. Las placas tectónicas del movimiento asociativo juvenil plural son las que están chispeando una incipiente movilización ante la brecha generacional.

Ante la constatación de ser la primera generación que vivirá peor que sus padres, no miramos nostálgicamente hacia atrás, sino que planteamos un presente

con derechos y oportunidades. Surgen por todas partes iniciativas de jóvenes que se organizan en su barrio por una vivienda digna y asequible, sindicatos de estudiantes que defienden el derecho a la educación, jóvenes que se organizan laboralmente con los sindicatos de clase reivindicando la lucha colectiva ante nuevas realidades precarias e individualizantes del mundo del trabajo.

Los y las jóvenes que nos comprometemos colectivamente somos testigos de un proyecto que anima a la esperanza porque no nos quedamos de brazos cruzados. Ser una Iglesia joven es pasar a la acción con noticias positivas protagonizadas por gente que trabaja por una vida mejor para todos.

Es necesario que nuestra generación de jóvenes asuma que para vivir mejor tenemos que transformar lo cotidiano, para avanzar hacia sociedades más justas. Como escribía Miguel Hernández: la juventud siempre empuja y, superando todos los obstáculos, la juventud vencerá.

Para trabajar en grupo:

- ¿Conocemos la realidad de los jóvenes que nos rodean? (barrio, pueblo, ciudad, parroquia, asociación, etc.)
- ¿Qué iniciativas impulsadas por jóvenes conocemos?
- ¿Cómo les acogemos con su realidad?
- ¿Cómo los tenemos en cuenta en las celebraciones litúrgicas?

ORIOI XIRINACHS: CONSTRUYENDO PUENTES DE ESPERANZA

Entrevista: CARME MUNTÉ MARGALEF, Barcelona

Fotos: ANTONI M.C. CANAL, Mataró

Vídeo: MARTA PONS FLOTATS, Barcelona

Oriol Xirinachs (Barcelona, 1935) dice que la verdadera esperanza es dialéctica y la explica con una imagen muy gráfica: la de un puente que conecta a la persona que espera y a la persona en quien espera. Él mismo ha sido constructor de puentes de esperanza en su larga experiencia pastoral y social en entidades como la Cooperativa Escorialles, la Obra Social Sant Martí, el Centre Català de Solidaritat, la Fundació Llindar y el Centre d'Accollida Assís.

Ordenado sacerdote el 1968, su primer destino fue de vicario en Sant Miquel del Port, en el barrio de la Barceloneta. A partir de 1981 su opción por los pobres lo llevó a los barrios obreros y populares de la gran área metropolitana de Barcelona: Torre Baró, Bellvitge, San Cosme, Cornellà de Llobregat. En 1982, por encargo del cardenal Narcís Jubany, creó y dirigió el Secretariado diocesano de Marginación. Fruto de su experiencia ha publicado tres libros con el Centre de Pastoral Litúrgica: *Devolver Jesús a los pobres*, *Los pobres salvarán el mundo*, *Devolvámosles su auténtico sabor*.

Miembro de la Asociación de sacerdotes «El Prado», Oriol –nos pide que nos tuteemos– vive desde 2018 en la residencia sacerdotal Sant Josep Oriol donde, poco a poco, intenta recuperar la vida de antes de la covid-19, colaborando con la parroquia de Sant Jaume de Cornellà, con el Centre Català de Solidaritat y con el Centre d'Accollida Assís.

De las tres virtudes teológicas (fe, esperanza y caridad) dices que la virtud de la esperanza es la que «usamos» menos; que es el último recurso cuando nos han fallado los otros. ¿Por eso se dice popularmente que «la esperanza es lo último que se pierde»?

Quizá convendría matizar. Fe y caridad son concretas: unas verdades que afirmamos y unos actos que realizamos. Pero la esperanza pide riesgo, esfuerzo y constancia para no instalarnos en este mundo tal como es, sino trabajar por lo que puede llegar a ser y debemos encontrar. Parafraseando al teólogo Dietrich Bonhoeffer podemos decir que la esperanza está en el centro de la vida, no en los límites. ¡Cuando es el último recurso es cuando se pierde!

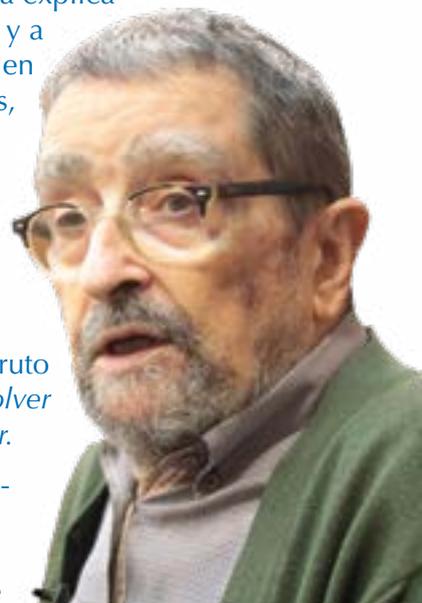
En tu libro más reciente, *Devolvámosles su auténtico sabor*, hablas de esperanzas de «sala de espera», las que dependen de una ley física, del azar, del saber humano... Por contraste, ¿qué es la esperanza profunda, transformadora?

Si en las esperanzas de «sala de espera» todo depende de otro y la espera es pasiva; la verdadera esperanza, teológica y humana, es dialéctica. Quien espera sabe que lo que espera depende de otro, pero que este otro también ha de esperar de él. El caso humano claro es el muchacho que ha sido rechazado por «inútil» en el instituto, pero que en una entidad educativa llega a ser persona. Lo explica diciendo que los educadores confiaron en él y que, al ser él consciente de ello,

él también confió en los educadores. En este sentido, la esperanza teológica es aquella que me motiva a crecer y transforma el mundo, porque soy consciente de que Dios confía en mí en este mundo, que él volvió bueno.

¿Los cristianos, en ocasiones, con la esperanza del cielo futuro, nos hemos desentendido del compromiso por mejorar el presente?

Cierto, cuando lo hemos convertido en una esperanza de «sala de espera». Aquellos cristianos a los que san Pablo dice que trabajen, no es que fuesen unos perezosos, es que pensaban que el Reino estaba al caer. Es lo que ha dado pie a que nos digan que la religión es el opio del pueblo. Pero es porque Jesús ha entrado en nuestro mundo y nuestra his-



En toda vida, por más rota, arrugada o maltratada que esté, hay una vida de verdad, ya que ha salido bien de fábrica.

toria tan dañada y los ha vivido con sentido, que nosotros fundamentamos nuestra esperanza en él.

En el libro *Devolver Jesús a los pobres* dices que «la esperanza evangélica como posibilidad de creer en un proyecto más grande que el que de sí da el nuestro, solo es posible desde la experiencia que nos ofrecen los pobres, cuando sabemos verlos como señal del Reino».

¡Exacto! También es san Pablo quien dice que si nuestra fe solo sirve para este mundo, seremos los más desgraciados. Cuando movidos por la esperanza trabajamos para hacer avanzar este mundo según el plan de Dios, experimentamos aquellos momentos que querríamos eternos, como nos dice Joan Maragall. Es lo que nos enseña aquella adolescente que, en Nicaragua, trajinaba unos ladrillos para construir una casa. El sacerdote y teólogo Ernesto Cardenal, que estaba allí de visita, le preguntó: «¿Estás reconstruyendo esta casa?». Ella respondió: «No, ¡estoy reconstruyendo el país!».

La esperanza cristiana: ¿cómo se transmite, cómo se vive? Los cristianos, ¿somos personas de esperanza?

Una marca famosa de cosmética tenía como eslogan. «La alegría se contagia», esperando que los que la usaban, con su alegría, serían su mejor propaganda. Pues ya lo sabemos. Viviendo «la alegría del Evangelio» contagiaremos esperanza. Con cara de Cuaresma, como dice el papa Francisco, iremos aumentando la desesperanza.

¿Nos podemos acercar al mundo de la marginación sin esperanza?

Si entendemos la esperanza tal como he dicho, que es este puente entre la persona que espera y la persona en quien espera, entonces es evidente que, sin esperanza, no nos podemos acercar al caído y deshumanizado. No podemos esperar que el olmo dé peras, pero siempre podemos y debemos esperar, ya que en toda vida, por más rota, arrugada o maltratada que esté, hay una vida de verdad, que ha salido bien de fábrica. De esto, los que se dedican a echar una mano pueden dar una gran cantidad de testimonios.

¿Cómo ayudar a que los pobres mantengan la esperanza en sí mismos y en los demás cuando, muchas veces, su vida ha estado cargada de injusticias?

No es nada fácil, ciertamente. Pero aún es más difícil que un rico viva la auténtica esperanza, ya que esta se fundamenta en el otro, mientras que el rico solo confía en sí mismo. En cambio, el pobre, que alguien ha definido como el máximo necesitado, por eso mismo es también el máximo confiado. No se consigue con recetas ni métodos. Es necesario un acercamiento sencillo, tierno y cercano para desarmarlo de miedos, prejuicios y el desprecio que llega a sentir de sí mismo. Lo he visto en una gran cantidad de casos.

¿La resurrección de Jesucristo es la manifestación de que en las situaciones más límites de la existencia siempre hay esperanza?

Si la esperanza es un puente, la esperanza «sala de espera» solo tiene un punto de apoyo en el otro, mientras que la del transhumanismo actual solo lo tiene en el hombre. Como sabemos, con un solo punto de apoyo, un puente no se sostiene. La resurrección es el fundamento de la esperanza total. Dios, asumiendo la vida humana, nos muestra todo lo que el hombre puede ser y esperar, y resucitándolo nos muestra lo que podemos ser y en quien esperar.

¿Crear en la resurrección es un salto al vacío?

Crear en la resurrección ni es un salto al vacío ni es una evidencia; es un acto de confianza, y esta es la dimensión que pone en juego todas las capacidades humanas: la inteligencia, la libertad, los sentimientos y la voluntad. En este caso, fundamentado en la vida, la Palabra y la obra de Jesús. El salto en el vacío es renunciar a todo esto, y la evidencia se nos impone.

¿Cómo podemos tener esperanza en medio de la actual crisis social, económica y climática?

Desgraciadamente hoy día ponemos nuestras esperanzas en tantas cosas que nos dejan frustrados: el dinero, el progreso, la tecnología, la ciencia, el placer... Los cristianos deberíamos saber vivir y ofrecer la esperanza fundamentada en Jesús y su Reino que, como decía Pablo VI, es el único proyecto que responde a las esperanzas de todo el hombre y de todos los hombres: sentido de vida, dignidad, relaciones gratificantes y creadoras, sentido de la trascendencia, sintonía con la naturaleza...

EL TEMPLO, LAS ARTES Y LA ESPERANZA CRISTIANA

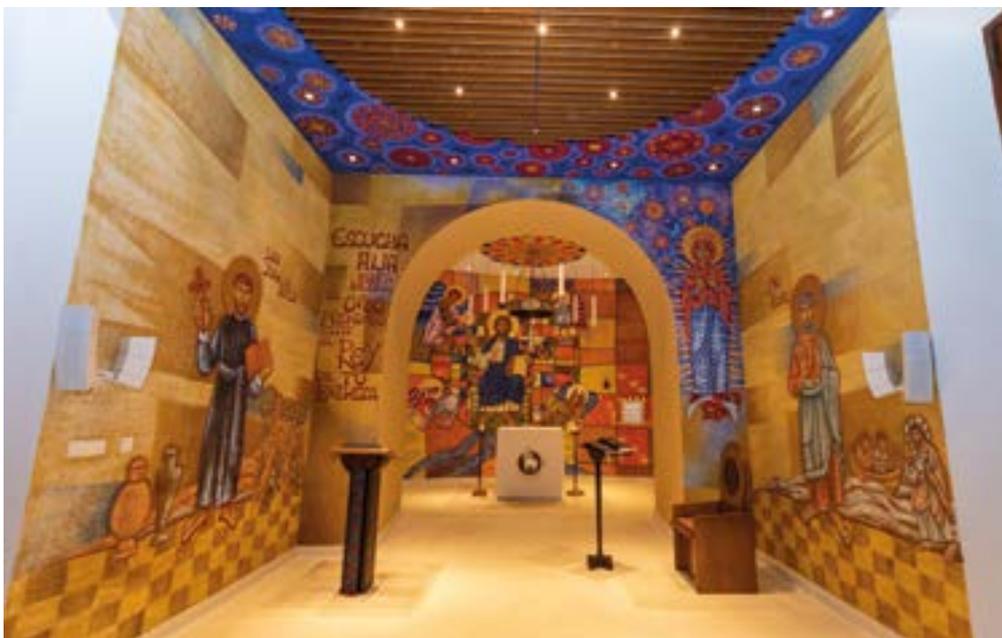
JESÚS R. FOLGADO GARCÍA, *Getafe*

Aunque a veces no seamos plenamente conscientes, la sencilla acción de entrar en un templo cristiano para encontrarnos con Dios es ya en sí misma una profesión de fe. Tanto el creyente, como el que no lo es, sabe que está penetrando en un espacio sagrado donde hombres y mujeres encontrarán la presencia del Misterio, que opera en sus vidas. Este hecho ha propiciado que el lugar sacralizado genere a lo largo de la historia múltiples expresiones artísticas. Estas son vehículo para que aquel que las contempla, que las siente, pueda penetrar en las profundidades de lo Sacro, que ha dejado tras abandonar el espacio profano.

Lo propio del espacio litúrgico es que ha sido consagrado, es decir, que ese lugar no puede tener otra finalidad que la de hacer presente a Dios cada vez que el hombre acceda a él. Esta realidad ha generado a lo largo de todos los tiempos y culturas –sin excepción– múltiples manifestaciones artísticas para ayudar al hombre a encontrarse con Dios. El templo debe posibilitar que el que se encuentra en él pueda hacer presente las palabras de Juan: «Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto

con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos. Eso que hemos visto y oído, os lo anunciamos» (1 Juan 1,1.3). Esta es la finalidad tanto del espacio como de las artes litúrgicas y sacras, posibilitar el encuentro con el Dios vivo y verdadero. Por esta razón, el templo en todas sus dimensiones debe remitir a la esperanza de saber que Jesús ha resucitado.

Desde esta verdad de fe entendemos que los artistas poseen la responsabilidad de ayudarnos a todos a conocer más y mejor a Dios. Ellos deben plasmar la Belleza eterna del Creador en sus expresiones plásticas, con lo que participan en la acción evangelizadora y se convierten, además, en algún sentido, en *co-creadores*, al transformar en *vid* los elementos básicos de la creación. Con sus obras ayudan a generar «una nueva carne para la transmisión de la Palabra» (*Evangelii Gaudium* 167) que nos facilite a cada uno la comunión con el Dios que da el ser a todo viviente. Por ello las artes, como la liturgia cristiana, deben tener como finalidad el ayudar a la santificación de los hombres y, a la vez, hacer que los que participan ya de la Gloria de Dios hagan que la creación glorifique a la Trinidad.



Fotografía: Capilla San Pedro Apóstol, Congregación de Presbíteros Naturales Seculares de Madrid

TESTIGOS DE LA ESPERANZA

LINO EMILIO DÍEZ VALLADARES, *Madrid*



Fotografía: guv059, Pixabay

Como los discípulos en medio del mar también nosotros nos sentimos desorientados y nos asalta la duda: Jesús parece indiferente... Pero en el misterio pascual, Jesús toma sobre sí la angustia humana

Nuestra sociedad vive en la incertidumbre. Muchos de nuestros conciudadanos están angustiados por la situación actual del mundo, por los urgentes desafíos de la ecología, por la emergencia de la violencia y la precariedad... Podemos añadir la confusión que rodea a la bioética y a la manipulación de la vida humana... El miedo al futuro, la crisis sanitaria ligada a la pandemia y sus consecuencias, parecen cristalizar todo esto.

En medio de este mundo temeroso, nuestra vocación es la de ser testigos de la esperanza.

Nosotros creemos que la puerta oscura del futuro ha sido abierta de par en par por la pasión, muerte y resurrección de Cristo. Este es el corazón de nuestra fe, el origen de nuestra esperanza. El que tiene esperanza vive de otra manera. Ya se le ha dado una nueva vida. Cada uno de nosotros es definitivamente amado y, pase lo que pase, sabemos que nos espera este amor.

En el relato evangélico Jesús duerme en la barca en medio de la violenta tempestad (*Marcos 4,35-41*). Su sueño se refiere a otro sueño, el de la muerte, el del sepulcro. Se refiere al Sábado Santo, cuando Jesús desciende a los infiernos para liberar a la humanidad. Jesús se despierta. Despertar es la misma palabra que resucitar. Jesús se levanta y amenaza al viento y le dice: «¡Cállate!» (*Marcos 4,39*). Jesús, muerto y resucitado, tiene autoridad sobre el mal. En el misterio pascual,

Jesús toma sobre sí la angustia humana, toma sobre sí todo lo que en el mundo y en el hombre puede destruirlo. Esto es la misericordia. El mal es vencido por el bien, el odio por el amor, la muerte por la resurrección; el poder de la cruz y la resurrección es siempre mayor que cualquier mal que el hombre pueda o deba temer.

Es esta salvación la que tenemos que anunciar. Pero solo podemos proclamarla si nosotros mismos, personalmente, la hemos experimentado, si nuestras vidas están atravesadas por la humilde alegría de la salvación.

Como los discípulos en medio del mar también nosotros nos sentimos desorientados y nos asalta la duda: Jesús parece indiferente. También nosotros experimentamos a veces que estamos perdidos, que las fuerzas del mal y de la muerte prevalecen sobre nosotros, sobre la vida de la Iglesia y del mundo, hasta el punto de preguntarnos dónde está Dios y si se preocupa verdaderamente por nosotros.

En cada Eucaristía, lo que se nos ofrece es el amor de Dios hasta el extremo. Estamos inmersos en la pasión, muerte y resurrección de Cristo. Comulgamos con su cuerpo y su sangre. Dios pone su vida en nuestras manos. Unidos unos a otros, llevamos la carga de Cristo mismo. La Eucaristía, misterio de fe, es fuente de caridad y pilar de nuestra esperanza.

Para el diálogo:

- ¿Vivimos, realmente, la Eucaristía como experiencia del extremo amor de Dios por nosotros?
- ¿Experimentamos, con certeza, la presencia del Señor en medio de nosotros, comunidad reunida en su nombre?
- ¿Nos sentimos enviados a compartir la alegría de la salvación, a contagiar esperanza?

La antífona del salmo

El salmo responsorial es un momento de oración que tiene lugar durante la liturgia de la Palabra, y que realizamos sirviéndonos precisamente de la misma Palabra de Dios.

La mejor manera de proclamar el salmo (OGMR, núm. 61) es que un salmista cante las estrofas y la asamblea responda con el canto de la antífona. Así es como mejor se crea el clima de oración que corresponde a este momento. Por tanto, allí donde sea posible, y al menos en las fiestas importantes, así debería hacerse.

Si no se puede hacer así, lo que debe intentarse siempre es que la lectura

de las estrofas del salmo se alterne con una antífona cantada por la asamblea. Si puede ser la que pone el leccionario, mejor. Pero si no, no es muy difícil buscar otra antífona conocida que concuerde con el salmo, y cantarla. Porque obligar a la asamblea a retener de memoria el texto de la antífona y recitarla, sin cantarla, después de cada estrofa, no ayuda a ponerse en actitud de oración. Es verdad que, en los lugares donde es costumbre hacer repetir de memoria la antífona rezada, puede parecer demasiado esfuerzo buscar cada vez la antífona cantada adecuada, pero es una cuestión de inercia. Una inercia que debería superarse.

¿Y si no se puede cantar ninguna antífona?

Allí donde existe la inercia de hacer repetir de memoria y sin canto la antífona del salmo responsorial, habría que romperla y proponerse cantar esta antífona: la del leccionario, si es posible, o, si no, una adecuada al salmo. Siempre es mejor cambiar la antífona del salmo por otra que le sea adecuada antes que dificultar el clima de oración obligando a la asamblea a memorizar el texto que tendrán que responder. Es cuestión de proponérselo...

Pero, ¿y si es imposible cantar algo? Esto puede pasar, ciertamente, según los lugares, en las misas

de los días laborables. Pues entonces podríamos pensar en dos posibilidades.

Una sería leer seguido el salmo, poco a poco, y que la asamblea lo escuche en actitud de oración, sin responder nada.

Y la otra podría ser esta: 1) el lector lee la antífona del salmo; 2) la asamblea repite la antífona; 3) el lector lee las estrofas del salmo poco a poco, sin intercalar la respuesta; 4) acabadas las estrofas, el lector vuelve a leer la antífona; 5) la asamblea vuelve a repetirla.

EL POEMA DE LA PEQUEÑA ESPERANZA, DE CHARLES PÉGUY

DAVID JOU, *Barcelona*

Fe, esperanza, caridad, las tres virtudes teologales y también tres ámbitos de experiencia profundamente humanos: apertura, confianza e interés para con el otro, el misterio y el futuro. Es lógico que no solo hable de ella la teología, sino también la antropología y la poesía, y que la aportación poética acompañe a la reflexión teológica. Este es el caso del poema de Charles Péguy, uno de los textos más célebres sobre la esperanza.

¿Qué es cada una de estas virtudes? ¿Cómo se dinamizan mutuamente? ¿Cuál es la más grande? Una posibilidad es verlo como san Pablo: cuando hayamos resucitado, ya no precisaremos la fe ni la esperanza, porque ya lo veremos todo y lo tendremos todo, y este todo será el amor, la caridad. Por otro lado, si tenemos fe, ¿necesitamos mucha esperanza? Si creemos que Dios es amor que salva más allá de la muerte y de la historia, ¿no es esta la máxima esperanza que podemos tener? En esta visión de las cosas, la esperanza parece la más pequeña de las tres virtudes.

En cambio, Péguy, en *Le porche du mystère de la deuxième vertu* (1912), en un texto muy vigoroso y rico, atribuyó a la esperanza el lugar primordial entre las tres virtudes. Plantea la cuestión con versos que, en síntesis, vienen a decir que: «La fe es una esposa fiel. La caridad es una madre ardiente... La esperanza es una niña muy pequeña... La pequeña esperanza avanza entre sus dos hermanas mayores, la fe y la caridad... y el pueblo cristiano solo está atento a estas dos hermanas, y cree que dan la mano y arrastran a su hermana pequeña... Pero es ella entre las dos hermanas mayores, la que las arrastra. Sin ella, las dos hermanas solo serían dos mujeres mayores, fatigadas por la vida... La Caridad ama lo que hay, en el tiempo y en la eternidad, Dios y el prójimo. La Fe ve lo que hay, Dios y la creación. La esperanza ve y ama lo que será. Por esto se avanza a sus hermanas, las arrastra, las mantiene en marcha y ellas, a su vez, velan y trabajan por la hermana pequeña». Esta es, en esencia, la línea de sugerencias que apunta el poema, con una

expresión mucho más extensa, cálida y elegante que el resumen interpretativo que se ha hecho aquí.

Péguy, pues, considera la esperanza más cercana a nosotros –a nuestra debilidad, a nuestra fragilidad, a nuestra vida cotidiana– que la fe y la caridad. Una fe y un amor que no fuesen fuente de esperanza serían nobles abstracciones, pero no cambiarían el mundo; tendrían la fuerza para mover montañas, pero no creerían que valiera la pena moverlas. Dios es nuestra esperanza y nosotros somos, a la vez, la esperanza de Dios, esperanza que contribuimos ilusionadamente a la realización de la divina voluntad de plenitud de la creación.

Fotografía: del Recinto Modernista de Sant Pau, Barcelona.
Cedida por David Jou



COMPARTIR A JESÚS SIEMPRE ES ESPERANZADOR

ISABEL CANO, *Espinosa, Tres Cantos, Madrid*

En nuestro grupo de catequesis de personas con diferentes capacidades intelectuales vivimos la esperanza cada vez que nos vemos. La presencia fiel de cada uno en las reuniones, ahora por videoconferencia, es signo vivo de esperanza renovada y confiada en Dios. La sonrisa que nace al vernos genera esperanza en nuestro corazón para seguir con ganas el día a día. Porque la esperanza es un huésped fiel que habita en lo profundo de nuestro ser, y aunque a veces se nos olvida, ella es la creadora de una vida ilusionada.

En la reunión, Carmen Santiago, comenta: «La esperanza es un estado de ánimo que crece con la fe, y está en la base de nuestro corazón, cuando el corazón mira a Dios».

José Luis Montejo escribe por el whatsapp: «Encuentro esperanza en las palabras de apoyo, en la oración y en sentir la presencia de Dios cerca. La esperanza es todo lo que nos hace avanzar, y si Dios no estuviera no habría esperanza en el mundo. Para mí, la esperanza es una llama viva de luz en el corazón. Es la alegría de la primavera. En nuestro mundo, la esperanza y la felicidad son aliadas porque la esperanza convierte la melancolía en alegría. La luz y la esperanza son hermanas».

Después de mucho pensar, Viki Zabe comenta: «La esperanza es saber que algo va a llegar, algo bueno, ¡claro! La esperanza me suena a felicidad, alegría y

confianza. Me da esperanza escribir otro libro, y también alegría pensar en viajar a Roma para llevárselo al Papa, como hicimos hace unos años» (Este libro fue *Orar con Sencillez de Corazón. Nuestro padrenuestro* [Manuales de Oración 4], PPC: Madrid 2015).

También, Perico Pimentel, escribe: «La esperanza es un sentimiento, o varios sentimientos, con los que podemos encontrar razones para afrontar los días grises de la vida».

Daniel Martín duda un poco y luego dice: «La palabra esperanza me emociona un poco, porque habla de Jesús. Si no creemos en Dios, tener esperanza es más difícil».

Después, Isa Heras, que es otra catequista del grupo dice: «La esperanza es un sentimiento en el que está Dios de por medio. Él es la base».

Laura Morales lo piensa mucho, y comenta: «La esperanza es creer en una cosa con mucha fuerza y amor, para que se haga realidad. El amor ayuda a tener esperanza».

Después de todo esto, cuando termina la reunión, sentada frente a la pantalla, ya sin nadie, me doy cuenta de que el lenguaje de Jesús, sus palabras, son las mismas que escucho cuando estamos en catequesis. Por eso, me emocionan nuestras reuniones, porque la esperanza del mensaje de Jesús anida en la sencillez de corazón.



Fotografía cedida por Isabel Cano

LA ESPERANZA ALEGRÍA Y FUNDAMENTO DE NUESTRA FE

La esperanza es una característica inherente a la fe.
Necesitamos la esperanza para mantenernos firmes
mientras no llegamos a la morada del Padre.

La esperanza fundamenta nuestra alegría:

«Este es el Señor en quien esperamos.

Celebremos y gocemos su salvación» (*Isaías 25,9*)

... Y al mismo tiempo nos anima:

«Quien teme al Señor de nada tiene miedo, de nada se acobarda,
porque él es su esperanza» (*Eclesiástico 34,14*).

Por eso, junto al salmista, pido a mi espíritu:

«Descansa solo en Dios, alma mía,
porque él es mi esperanza» (*Salmo 62,6*).

Una esperanza que debe sustentarnos en el presente:

«Pues para eso nos fatigamos y luchamos, porque hemos puesto la esperanza
en el Dios vivo, que es salvador de todos» (*1 Timoteo 4,10*).

Y en la vida plena a la que somos llamados en Cristo, Jesús:

«Si hemos puesto nuestra esperanza en Cristo solo en esta vida,
somos los más desgraciados de toda la humanidad» (*1 Corintios 15,19*).

Es por eso que «damos por ellos rendidas gracias a Dios» (*2 Macabeos 9,20*).

Señor Jesús, haz que nunca pierda la esperanza.

Dame la fe de Abrahán que:

«Apoyado en la esperanza, creyó contra toda esperanza
que llegaría a ser padre de muchos pueblos» (*Romanos 4,18*).

Sé que todo lo que tengo es un don tuyo y, cuando miro hacia atrás,
siempre veo cómo tu mano me ha acariciado
en los momentos más alegres y más tristes...

Sé que nunca me has abandonado
aunque yo no siempre te he tenido presente.

Te pido coraje para saber dar testimonio de mi fe:

«Dispuestos siempre para dar explicación
a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza» (*1 Pedro 3,15*).

Y ayúdame para que este testimonio
sea un testimonio lleno de vida e ilusión
tal como corresponde a tus discípulos:

«Que la esperanza os tenga alegres; manteneos firmes en la tribulación,
sed asiduos en la oración» (*Romanos 12,12*).

Señor, Jesús, en ti confío. Amén

LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA A LOS CIELOS: 15 DE AGOSTO

JOSÉ ANTONIO GOÑI, Pamplona

En la mitad del mes de agosto, celebramos la solemnidad de la Asunción de la Virgen María a los cielos.

Triunfo de María

En esta fiesta conmemoramos que María fue elevada en cuerpo y alma al cielo después de su tránsito terrenal.

Así fue declarado por el papa Pío XII el 1 de noviembre de 1950: «La Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, cumplido el curso de su vida terrestre, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial» (*Munificentissimus Deus*).

E igualmente queda recogido en los textos litúrgicos del día: «Has elevado en cuerpo y alma a la gloria del cielo a la Inmaculada Virgen María, Madre de tu Hijo» (oración colecta de la misa del día); «Hoy ha sido elevada a los cielos la Virgen, Madre de Dios [...]. Con razón no quisiste, Señor, que conociera la corrupción del sepulcro la que, de modo admirable, concibió en su seno al autor de la vida, tu Hijo encarnado» (prefacio). Y la primera lectura de este día, tomada del libro del *Apocalipsis* (11, 19a; 12, 1-6a. 10ab), nos describe proféticamente la imagen de María como Madre del Salvador: «Un gran signo apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, y la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza».

Triunfo de Cristo

Sin embargo, en el trasfondo de esta celebración está Cristo. Ya que en la Asunción conmemoramos que

María participa plenamente de la resurrección de Jesucristo, ella es la primera salvada totalmente por la Pascua de su Hijo.

Cristo es, como nos dirá san Pablo en la segunda lectura de la misa del día (*1 Corintios* 15,20-27a), el punto culminante del plan salvífico de Dios. Cristo Resucitado es la primicia de los que han muerto, él es el primero que ha triunfado sobre la muerte, pasando a una nueva existencia, inmortal y gloriosa.

Y María, que está indisoluble unida a la obra salvífica del su Hijo, participa ya en su Asunción de la victoria de Cristo.

Triunfo de los cristianos

Finalmente, la solemnidad de la Asunción nos recuerda que todos nosotros esperamos, como María, ser un día glorificados, que todos nosotros esperamos, como María, ser un día ciudadanos del cielo. Así lo pedimos en la oración colecta de la misa del día: «concédenos que lleguemos a participar con ella de su misma gloria». María es, por tanto, figura y primicia para nosotros los creyentes. Así lo afirma el prefacio: «Ella es figura y primicia de la Iglesia que un día será glorificada». En María, «la Iglesia admira y ensalza el fruto más espléndido de la redención y la contempla gozosamente, como una purísima imagen de lo que ella misma, toda entera, ansía y espera ser» (*Sacro-sanctum Concilium* 103).

Se puede acceder a los comentarios de las lecturas del tiempo correspondiente escaneando el código QR o en este enlace: <https://bit.ly/3iV6y31>





Sugerencias para los cantos de cada domingo o fiesta en nuestra web: <https://goo.gl/Y17Siw>

Desde el domingo XVIII hasta el domingo XXVI del tiempo ordinario – Ciclo B

Con la Asunción de María

Del 1 de agosto al 26 de septiembre de 2021

Domingo	Primera lectura	Segunda lectura	Evangelio
Domingo 18 del tiempo ordinario 1 de agosto	Haré llover pan del cielo para vosotros <i>Éxodo 16,2-4.12-15</i>	Revestíos de la nueva condición humana creada a imagen de Dios <i>Efesios 4,17.20-24</i>	El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed <i>Juan 6,24-35</i>
Domingo 19 del tiempo ordinario 8 de agosto	Con la fuerza de aquella comida, caminó hasta el monte de Dios <i>1 Reyes 19,4-8</i>	Vivid en el amor como Cristo <i>Efesios 4,30-5,2</i>	Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo <i>Juan 6,41-51</i>
Asunción de la Virgen María 15 de agosto	Una mujer vestida del sol, y la luna bajo sus pies <i>Apocalipsis 11,19a; 12,1-6a.10ab</i>	Primero de Cristo, como primicia; después todos los que son de Cristo <i>1 Corintios 15,20-27a</i>	El Poderoso ha hecho obras grandes en mí: enaltece a los humildes <i>Lucas 1,39-56</i>
Domingo 21 del tiempo ordinario 22 agosto	Serviremos al Señor, ¡porque él es nuestro Dios! <i>Josué 24,1-2a.15-17.18b</i>	Es este un gran misterio: y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia <i>Efesios 5,21-32</i>	¿A quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna <i>Juan 6,60-69</i>
Domingo 22 del tiempo ordinario 29 de agosto	No añadáis nada a lo que os mando... Observaréis los preceptos del Señor <i>Deuteronomio 1-2.6-8</i>	Poned en práctica la palabra <i>Santiago 1,17-18.21b-22.27</i>	Dejáis a un lado el mandamiento de Dios para aferraros a la tradición de los hombres <i>Marcos 7,1-8.14-15.21-23</i>
Domingo 23 del tiempo ordinario 5 de septiembre	Los oídos de los sordos se abrirán, y cantará la lengua del mundo <i>Isaías 35,4-7a</i>	¿Acaso no eligió Dios a los pobres como herederos del Reino? <i>Santiago 2,1-5</i>	Hace oír a los sordos y hablar a los mudos <i>Marcos 7,31-37</i>
Domingo 24 del tiempo ordinario 12 de septiembre	Ofrecí la espalda a los que me golpeaban <i>Isaías 50,5-9a</i>	La fe, si no tiene obras, está muerta <i>Santiago 2,14-18</i>	Tú eres el Mesías. El Hijo del hombre tiene que padecer mucho <i>Marcos 8,27-35</i>
Domingo 25 del tiempo ordinario 19 de septiembre	Lo condenaremos a muerte ignominiosa <i>Sabiduría 2,12.17-20</i>	El fruto de la justicia se siembra en la paz para quienes trabajan <i>Santiago 3,16-4,3</i>	El Hijo del hombre va a ser entregado. Quien quiera ser el primero, que sea el servidor de todos <i>Marcos 9,30-37</i>
Domingo 26 del tiempo ordinario 26 de septiembre	¿Estás tú celoso por mí? ¡Ojalá todo el pueblo profetizara! <i>Números 11,25-29</i>	Vuestra riqueza está podrida <i>Santiago 5,1-6</i>	El que no está contra nosotros está a favor nuestro. Si tu mano te induce a pecar, córtatela <i>Marcos 9,38-43.45.47-48</i>

Vigipas.exe

DOLORES ALEIXANDRE, Madrid



Bajo este título un poco críptico, *Vigipas.exe*, se esconde una constatación irrefutable: quien se descarga cada año la vigilia pascual como archivo ejecutable, nota en el acto una inmensa liberación de su espacio interior, le desaparecen los archivos dañados, quedan reparadas las roturas de su sistema y se reinicia en modo esperanza. Eso sí, una esperanza a la que hay que someter a un programa de verificación bíblica por si se trata de una copia ilegal.

Empecemos por el pregón. De entrada ¡cuánta luz!: claridad, fulgor, resplandor, cirio, lumbreras, un lucero sin ocaso... ¿Han desaparecido del todo las tinieblas? No del todo pero la esperanza que genera la Pascua puede convivir con la oscuridad, las perplejidades o el cansancio. «La Esperanza se hermanó con el Desencanto que no es lo opuesto ni lo contrario a la esperanza: es su inevitable sombra, es su compañera de viaje» (García Roca). Es una buena vecina que no nos apabulla con sus proclamas, certezas o evidencias sino que se hace presente transformándolo todo, también nuestro deseo secreto de un dios que ordenara al Co-

vid-19 desaparecer de inmediato. Pero él es el Dios-Compañero que no nos deja solos en nuestros duelos, que no va a provocar el hundimiento en bolsa de las farmacéuticas que se forran con la pandemia, pero nos asegura que estará a nuestro lado en las decisiones oscuras de ponernos siempre de parte de la vida. Es la esperanza que sostiene a los que pasan por las horas oscuras del dolor, la soledad o del abandono; la que nos inicia en el aprendizaje humilde de aguantar, permanecer y arriesgar, con la convicción de que la verdadera dicha está en creer antes de haber visto (*Juan 20,29*) y en atreverse a amar a alguien cuyo rostro nunca se ha contemplado (*1 Pedro 1,8*).

Sigue el pregón, enarbolando ahora su trofeo de alborozos: exultan los ángeles, goza la tierra, se alegra la Iglesia, aclama el pueblo, se levantan los corazones, se regocijan los tristes, la culpa es declarada feliz, la noche se ha transformado en dicha. ¿Cualquier tipo de alegría? Ni hablar. Solo aquella que ha pasado por el antivirus del Evangelio y sus paradojas: la promesa de felicidad es en medio de persecuciones (*Lucas 6,23*); la

puerta estrecha es la que conduce a la vida (*Mateo 7,13*); la mujer tiene que pasar por el parto para tener al hijo en sus brazos (*Juan 16,22*); se da siempre en proporción inversa a las posesiones: a más alegría provocada por la relación con Jesús, menos cosas retenidas. Y si no, que le pregunten a aquel chico que tenía un fortunón y que, a pesar de quedarse con él, no consiguió sacudirse la tristeza (*Lucas 18,18-23*).

Resumiendo con lenguaje del pregón: con la esperanza y la alegría escapamos de Egipto, con ellas atravesamos el mar Rojo y lo que nos echen. Pero sin olvidar que necesitamos ser conducidos por la columna de fuego de la oración y el discernimiento: solo así no nos haremos un lío con la contraseña.